

Sección de Notas

AFINIDADES POÉTICAS DE JORGE GUILLEN CON FRAY LUIS DE LEON

No es muy difícil encontrar en una literatura dos escritores que, perteneciendo a momentos distintos, tienen más en común entre sí que con otros, incluso los de su misma época. Es decir, a veces, existen entre dos artistas unas grandes corrientes de afinidad que se transmiten del uno al otro, forzándole a adoptar una actitud paralela ante la vida. Tal es el caso de dos de los mayores poetas de la literatura española: fray Luis de León y Jorge Guillén. Su afinidad es de espíritu y trasciende las desemejanzas que puedan tener lugar entre sí.

Fray Luis poseía un gusto exquisito y, mediante una paciente labor de selección, alcanzó perfecciones estéticas extraordinarias. Aunque la primera edición de sus poemas es póstuma, se han podido comparar diversas copias manuscritas de una misma composición y observar la obra de lima a que sometía su creación. La forma definitiva es el resultado de la constante corrección a que se dedicó el poeta en busca de la expresión deseada, conseguida ésta, la empleaba siempre que se le presentase la ocasión. Su estilo se caracteriza por la justeza, por la exactitud y por la sobriedad propia del carácter del autor. Se sentía enamorado por la naturaleza y el mundo, para él poético, que concebía gobernado por la armonía. Sus fuentes fueron principalmente la Biblia y la antigüedad clásica, en particular Horacio. Sin embargo, sus odas, aun cuando recuerdan al modelo, son una genial creación suya con cantidades de haces multicolores, de formas concretas, de visión actualizada llena de expresión rítmica y de movimiento, jamás conseguidas por la fuente.

Jorge Guillén es, paralelamente, poeta de espíritu selecto, escrupuloso, que pulió su poesía estéticamente perfecta, corrigiendo una y otra vez hasta conseguir la expresión exacta. Su poética sigue una marcha progresiva en profundidad y técnica expresiva, para concluir en una filosofía total del universo. Permanece siempre fiel, como lo hizo fray Luis, a unos pocos temas; pero evita la repetición por las exigencias, distintas para cada caso, que originan la estrofa, el metro y la rima. Su mundo es, también, perfecto, poético, gobernado por la armonía y

el centro es el ser, el poeta cantando su canto. La forma de su métrica es, generalmente, de versos cortos con gran abundancia de heptasílabos y estrofas breves asonantadas con perfiles de consonancia perfecta, aunque al mismo tiempo emplea la rima propiamente consonante y el verso de arte mayor, si bien, con menos insistencia. Fray Luis no había usado estos mismos moldes, pero sus formas tampoco son complicadas ni de difícil comprensión, por más que las de ambos sean muy cuidadas. La lira fue la estrofa en que compuso sus famosas odas; por consiguiente, hay abundancia de heptasílabos combinados con endecasílabos, versificando además en otros metros, como el octosílabo, el dodecasílabo, endecasílabo, etc.

Fray Luis plasmó en sus poemas una poesía que se desprendía de lo más íntimo de su alma, dictada por su aspiración al orden, a la paz, al gozo de la naturaleza y a la armonía, es decir, una poesía gozosa. Junto a ella encontramos otra fulgurante y enardecida contra la injusticia e incompreensión. En Guillén predomina, semejantemente, esa poesía gozosa de calma y armonía, sin oscilaciones, en la que puede haber una gran tensión de emoción, dando siempre la impresión de un perfecto control y dominio. Ni la poesía del uno ni la del otro es estática, sino más bien como un viaje a través de las emociones expuestas enfrente de la realidad sensible.

Habrà quien piense que las afinidades existentes entre la poesía de fray Luis y la de Guillén pueden ser una mera coincidencia. No obstante, hay razones más que suficientes para afirmar que éste es muy consciente de sus semejanzas con aquél. Guillén, además de publicar en 1936 una de las pocas ediciones críticas de la traducción de fray Luis del *Cantar de los cantares*, da evidencias muy al principio de que los lazos de unión entre los dos eran completamente intencionados, por su parte, titulando el segundo libro de *Cántico: Las horas situadas*, que es un heptasílabo de la traducción hecha por fray Luis del salmo 103 de David. Para asegurarse de que a ningún lector le pasaría inadvertido y se daría cuenta perfecta de que el título no era una casualidad, o quizá, temeroso de que por el verso no reconociese el poema y su autor, lo cita:

*Da el hombre a su labor sin ningún miedo
Las horas situadas.*

FRAY LUIS DE LEÓN (1)

He ahí el epígrafe que se encuentra al dar la vuelta a la hoja del título, antes de la primera página de sus poemas. El segundo de los

(1) JORGE GUILLÉN: *Cántico*, 2.^a ed. completa (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1962), p. 106.

versos citados sugirió, indudablemente, a Guillén el suyo: «Las horas más cantadas» (2), cuya invocación inunda el alma del poeta de luz, de alegría, de paz y, absorto en la armonía del canto, olvida el dolor. El destino del hombre es buscar armonías divinas.

Las afinidades de Guillén con fray Luis no se reducen tampoco a un impulso de juventud, que pasa sin dejar rastro en la obra de madurez, ni a una especie de influencia presente sólo en *Cántico*, sino que están patentes en la obra entera suya, desde el primer *Cántico* hasta hoy día. Como prueba, tenemos el hecho de que Guillén en su último poemario, *Homenaje*, inserta dos poemas sobre fray Luis. El primero, dedicado a Joaquín Casaldueiro, es un breve romance titulado: «Al margen de fray Luis», en medio del cual pone entre comillas, como cita y rompiendo la uniformidad, un heptasílabo y un endecasílabo que son los dos versos iniciales de la oda a Salinas del poeta del Siglo de Oro:

*«El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada...»*

Y termina glosando en octosílabos la estrofa entera de fray Luis. El segundo de estos poemas: «Fray Luis de León», uno de los predilectos del autor, que leyó el mismo Guillén en el Simposium recientemente patrocinado en su honor por la Universidad de Oklahoma, está directamente inspirado también, tanto en la forma como en el contenido, en la oda a Salinas:

*El aire se serena
Por claridad regala más espacio,
Maestro, cuando suena
La lira que a tu Horacio
No fue más fiel ni dio más gloria al Tracio (3).*

Esta primera estrofa del poema de Guillén trae instintivamente al recuerdo la primera del de fray Luis. El primer verso es el mismo, en el tercero sólo sustituye el vocativo *Salinas* por el vocativo *Maestro*, y la forma estrófica es idéntica, lira de cinco versos con el segundo y quinto endecasílabos y los demás heptasílabos. La oda de fray Luis tiene todas las estrofas de la misma composición; la poesía de Guillén, no, pero está compuesta enteramente en liras. El verso final es un endecasílabo con dos hemistiquios, de los cuales el primero es, otra vez, el verso inicial de la oda a Salinas y el segundo las cuatro últimas sílabas del segundo verso: «El aire se serena. La luz no usada.» Así se halla entre *Las horas situadas* y *Homenaje*, como encerradas en un

(2) *Ibid.*, «Muchas gracias, adiós», p. 72.

(3) JORGE GUILLÉN: «Al margen de Fray Luis» y «Fray Luis de León», *Homenaje* (Milano: All'Insegna del pesce d'oro, 1967), pp. 47 y 134.

párentesis, toda una larga serie de afinidades estilísticas y temáticas, que se transmiten de fray Luis a Guillén.

Entre las semejanzas de técnica estilística observadas en los dos poetas es notable la de elección de estrofas y su concatenación en el poema. Fray Luis prefirió la lira, porque facilita la eliminación de lo superfluo, cualidad indispensable en un tipo de poesía de contención como era la suya. La estrofa larga petrarquesca sería, por el contrario, una invitación a la palabrería. Fue, también, un maestro en el ensamblamiento de esas piezas en el poema y en la relación que guardan entre sí y con el conjunto. Guillén, igualmente, sabe escoger la estrofa apropiada para cada caso, y por lo general, sus estrofas son muy breves, porque su poesía es asimismo de contención, enlazándolas a la perfección entre sí y con el conjunto para construir poemas perfectos.

Ambos utilizan, por otra parte, recursos estilísticos semejantes en la composición de sus estrofas, a las que les imprimen un sello de originalidad y de unicidad. La exclamación, por ejemplo, les sirve de medio de expresión de los más encontrados sentimientos bajo los que vibran sus espíritus extraordinariamente sensitivos: presagios, conmiseración, melancolía, alegría, etc. Fray Luis fue enormemente propenso al empleo de la exclamación, expresando con frecuencia sus sentimientos de admiración por medio de breves exclamaciones con escaso, o sin ningún, uso de verbos:

*¡Oh, campos verdaderos!,
¡Oh, prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!,
¡Oh, deleitosos senos,
Repuestos valles de mil bienes llenos!* (4)

Guillén utiliza incesantemente la misma técnica: «¡Oh pulsación, oh soplo!», a veces, es una sola palabra que constituye todo un verso: «¡Alegría!» y todavía va más lejos, dominado por la pasión y el impulso irrefrenable, irrumpe con reiteraciones: «¡Ay, amarilla amarilla, / Ay, amarilla, amarilla!» (5).

Mediante la interrogación obtienen efectos estilísticos similares y la emplean con la misma insistencia que la exclamación. Frecuentemente se encuentran en sus poemas breves expresiones interrogativas que expresan diferentes sentimientos, el de dolor por ejemplo, como los versos de fray Luis: «¿Qué tienes del pasado / tiempo sino dolor?...» (6), y lo mismo este otro de Guillén: «¿Dolor? También. ¿Fa-

(4) FRAY LUIS DE LEÓN: *Poesía* (Zaragoza: Clásicos Ebro, 1956), p. 48.

(5) JORGE GUILLÉN: «La rendición al sueño», «Navidad» y «Noche del gran estío», *Cántico*, pp. 144, 200 y 185.

(6) FRAY LUIS: «A una señora pasada la mocedad», *op. cit.*, p. 38.